

LA VIOLENCIA Y LO VIOLENTADO. HISTORIA DE UN TRAUMA

José A. Cernadas*

Introducción

El presente trabajo intenta abordar las consecuencias de los hechos violentos ocurridos dentro de una familia, y su repercusión en la adolescencia de una de sus integrantes. La paciente, que no pudo tratarse con anterioridad, a pesar de la gravedad de dichos acontecimientos, aparece mostrando una sintomatología desde la que propone significaciones de una dramática que la excede, impidiendo que las problemáticas propias de su edad puedan desplegarse y apuntalar su crecimiento y autonomía.

Por el contrario, lo traumático, en su ciega carrera arrasadora, continúa, en su repetición, provocando “más de lo mismo”.

La historia

Julietta tiene 18 años, su madre llama para que atienda a su hija; me aclara que está en silla de ruedas. Concurren juntas, pero como la silla de ruedas no puede sortear los escalones de la puerta de entrada al edificio, bajo, las conozco y arreglamos con la madre una entrevista en una confitería de la zona que tuviera accesibilidad y subo con Julietta.

Ella me dice que no está muy convencida de hacer tratamiento con un psicólogo, que ya intentó varias veces, pero no resultó. Le manifiesto que su madre me había dicho por teléfono que tenían muchos problemas entre ellas y que la veía muy mal a su hija, pero que yo quería saber qué le pasaba a ella, y le pregunto por qué consultarías en este momento a un psicólogo, a lo que me contesta:

J: “Tengo cambios que no siento míos. No que me hacen bien, son malos”.

T: ¿Qué cambios?

J: “El peor de todos, no hacer nada”.

* Especialista en Clínica con Niños y Adolescentes. Docente Supervisor de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños y Adolescentes de UCES (en convenio con APBA).

Comienza luego un dramático relato de su historia familiar. Sus padres, Mirta y Roberto, de 40 años, se habían separado a principios del año 2001. Se inicia, entonces, una feroz disputa por la división de bienes. Roberto, quien se encontraba en una muy buena posición económica, había realizado sus últimos negocios y compras de manera fraudulenta, nombrando testaferros y familiares al frente o como titulares de los mismos. A fines del año 2001 Mirta es supuestamente asaltada y el disparo del asaltante dirigido a ella le roza la cabeza provocándole una herida leve. En abril de 2002 Mirta se encuentra con Roberto, discuten acaloradamente en el auto de ella. Al final de la discusión, él le dispara y la bala impacta en su cuello destruyendo la médula, luego vuelve a dispararle al estómago. Un automovilista que había bajado de su auto la ve y junto con un policía la llevan al hospital. Está grave, ha perdido mucha sangre.

El cuadro es irreversible, Mirta queda cuadripléjica, confinada el resto de su vida a una silla de ruedas para trasladarse, todo su cuerpo está paralizado. Con la rehabilitación ha podido mover sus brazos precariamente, de este modo maneja el *joystick* de su silla eléctrica pudiéndose trasladar sola por la calle. Actualmente trabaja como productora.

Una suerte de aparejo la lleva desde su silla a la cama, hay una señora que la cuida, pero los fines de semana Julieta realiza esta maniobra. Del mismo modo para subir a su silla de ruedas por las mañanas.

Roberto, quien negó en todo momento ser el autor de los disparos, purga su condena con la cárcel. La familia de Mirta y ella misma entienden que este fue el segundo atentado. Los familiares de Roberto se aliaron con él, tampoco aceptaron su condena, y su madre, la suegra de Mirta, le inició juicio para obtener la tenencia de los nietos dada la dificultad de Mirta para criarlos, Julieta tenía 11 años y Alejandro, su hermano, 2 años. En el tiempo de hospitalización de la madre los cuida Violeta, una empleada, y reciben la ayuda de la madre de Mirta, quien vive con ellos hasta un año después de la vuelta de Mirta a su casa, y sobre todo del hermano, tío de Julieta quien se ocupa de los aspectos económicos y logísticos. Al final de la sesión me dice:

J: “No nos llevamos del todo bien con mi madre, yo tengo una adicción a mentirle a mi vieja. Todo lo que hago está mal para ella, de mi novio me dice que es un negro de mierda y drogadicto”.

La entrevista con Mirta agrega algunos detalles al relato de Julieta. La separación se debió a que Roberto estaba con otra mujer y, al preguntarle por qué pensaba ella que lo hizo, contesta: “Por poder, por dinero”. Agrega: “Siempre

fue violento, yo quería que se tratara, cuando fuimos a terapia de pareja yo se lo decía al psicólogo, pero no me escuchó”.

A ella le preocupa que “Julieta está como sin timón, en la escuela está terminando y no estudia, estos últimos años daba las materias y no estudiaba durante el año, ahora quiere hacer lo mismo, está preparando el viaje a Bariloche y no sé si voy a dejarla ir. El sábado pasado llegó borracha a casa con el novio y tuvieron relaciones. Es un desastre, toma laxantes para no engordar y tiene amigos que andan en la droga. Se junta con las peores alumnas, ya tiene problemas de faltas, va a quedar libre”.

Acepta que ella manejó las cosas con “mano dura”, pero que se da cuenta de que no funcionó y “necesita a alguien que le pueda decir que las cosas pueden ser de otra manera, porque yo no sé cómo hacerlo, no me sale”.

Admite que su seguimiento de Julieta es demasiado controlador y que personalmente tiene temor de ser una mala madre, que no la ayuda a Julieta a valorarse. Le pregunto por qué piensa eso y responde: “Por esto de tener una madre en silla de ruedas”. Comenta: “Estoy acelerada, como que hay que hacer algo urgente, si no, después va a ser tarde”. Finalmente sentencia que: para ella “Julieta tiene anorexia y adicción a las drogas”.

En la sesión siguiente Julieta se queja de que la madre la persigue.

J: “Me sentí mal esta mañana y me quise quedar en lugar de ratearme. Me hace quilombo y ahora me jode con Bariloche, que no me va a dejar ir. ¿Qué hice ahora?, ¡no me deja salir!

Primeras aproximaciones

Una madre que no deja salir, esta es la denuncia de Julieta. Pero, ¿cómo hace una madre, atravesada por una situación traumática en la que su pareja intenta matarla en dos oportunidades y que queda sin poder mover su cuerpo y sin sentirlo, para dejar salir a su hija? “Abrir las puertas para ir a jugar” en el decir de Beatriz Janin, qué otra posibilidad le queda que la de ser la profeta del Apocalipsis final, de un final que para ella ya llegó sin serlo. Qué se puede esperar sino la repetición del trauma, de ese modo no se equivoca, la mayor seguridad es que algo terrible sucederá, más que ya sucedió.

Repetición en un doble sentido, la del trauma mismo en un desesperado intento de repetición para ser elaborado, para ligarse con algún sentido posible y, por el otro, la repetición de la violencia en el vínculo de esta madre y esta hija, donde se utiliza el pensamiento como “arma” a modo de certeza, para

estigmatizar, agredir y violentar entonces a la otra, que queda borrada en su subjetividad.

Cómo podrá reaccionar esta madre cuando Julieta le diga que está con un muchacho, que la quieren. ¿Es posible esto?, si después llega lo terrible.

El otro modo al que ella tiene en estos momentos, cerrados los caminos, habla de esperanzas, de que el amor es posible, que estar con un hombre puede ser placentero, que la pareja es un modo de realización personal.

En este contexto el motivo de consulta varía constantemente desde el: "... Quiero que atienda a mi hija... está sin timón" de Mirta, y "...los cambios que no siento míos" de Julieta, al propio pedido de ayuda de la madre cuando puede decir que manejó las cosas con "mano dura", metáfora que alude paradójicamente a las limitaciones actuales con las que quedó afectado su brazo y habla de su fijación a la escena traumática cuando dice respecto de la consulta por su hija: " Necesito a alguien que le pueda decir que las cosas pueden ser de otra manera, porque yo no sé cómo hacerlo, no me sale".

Hay posibilidad de que algo salga, si entró a un lugar adecuadamente, y sale a otro lugar distinto. En el trauma este recorrido es puro arrasamiento del otro, no hay adentro ni afuera, ni entrada ni salida.

Parece conocer sus limitaciones, parece que llama a un terapeuta, pero, ¿será dentro de la misma idea del trauma donde lo que prevalece es hacer algo por pura angustia?, "si no, después va a ser tarde", ¿será el llamado a un terapeuta que no escuche, que llegue tarde? Lo inexorable, lo que ya llegó y seguirá llegando sigue su vigencia ciega, lo traumático, lo no ligado, lo no significado.

Al planteo de que necesita hacer terapia para poder "acompañar" el proceso de su hija y que ella misma lo necesita, responde, decepcionada de todo, desconfiada de todos que le llevará un tiempo... "encontrar a alguien en quien confiar". El primer intento termina con el comentario de que la psicóloga que le habían recomendado resultó ser conocida y ella sabía cosas sobre su vida privada que no eran muy satisfactorias para ella. Esta posición resistencial nos habla del terror a encontrar cosas en ella que no pueda soportar, un sufrimiento indecible. Nuevamente lo traumático deja su impronta, es la convicción de que nada es posible, de que ya está todo dicho.

Al mes siguiente en la entrevista con Mirta me dice, con un dejo de asombro, que Julieta "está más tranquila, no tan revolucionada".

Creo ver allí una tregua en las constantes situaciones de urgencia en que transcurrían las sesiones, una primera posibilidad de pensar con ella que la hipótesis inicial de tener una hija en descontrol que necesita ser frenada, enderezada, por un psicólogo puede ser revisada. Pensar que hay otra Julieta (diferente de la que ella supone como “llevándose el mundo por delante”), la hija que quiere crecer y avanzar en su autonomía, de comportamientos impulsivos, que necesita que la acompañen para separarse. Que está temerosa y necesita sus tiempos para asumir sus responsabilidades y hacerse cargo de sus actos. Esta Julieta que tiene problemas con su propio cuerpo, con su propia imagen corporal, que no es anoréxica y que se asusta, que no es capaz de cualquier cosa (por eso se emborracha para tener relaciones), surge como aquellas partes de su hija que esta madre desmiente, que no quiere ver, quizá por el propio atrapamiento en su indefensión.

Su deseo de haber criado una hija fuerte e independiente, “capaz de cualquier cosa”, no le permite ver a su hija Julieta en su propia subjetividad, hoy.

La historia continúa

Sin embargo, los acontecimientos vuelven a tomar su modalidad vertiginosa, borrando toda expectativa de que es posible “revisar algo”.

Al poco tiempo me llama la madre para decirme que le habló por teléfono un ex novio de su hija para decirle que había tomado un café con Julieta y que vio que tenía las muñecas cortadas, “esto lo hacía antes”, agrega.

El tiempo previo al viaje a Bariloche transcurre poblado de incidentes en el colegio, el más preocupante fue aquel en el que Julieta es señalada como una de las once chicas que, festejando la previa al viaje, toman alcohol en el colegio, lo que le origina una sanción disciplinaria. El grupo se divide entre las que lo admitieron y las que se borraron. Julieta dice que todas tomaron.

La entrevista con la madre se centra en acusaciones respecto del comportamiento de Julieta y las barbaridades que hará en Bariloche, finaliza diciendo que le preocupa: “...la postura cómoda de Julieta y que no tiene valores”.

Ella parece tan asustada como su hija por el viaje y la separación que este implica. El crecimiento se vive como un avance hacia lo trágico de lo que aparece como un destino atravesado por la fatalidad.

Finalmente Julieta hace su viaje de fin de curso a Bariloche. Pierde su cámara, malgasta su dinero para las excursiones, ocasiona una pelea “por ella”, en la que se enfrentan sus amigos con otros pretendientes, lo cual alimenta su autoestima, pasa un día en cama con gripe y llega a Buenos Aires con fiebre y tos.

Es decir, le pasó lo que a muchas de sus compañeras de viaje, y a muchos más de los chicos que hacen el viaje de fin de curso.

Sin embargo, en el discurso materno esto puede ser visto, apelando al humor, como que la orgía fue de “un día en cama con gripe”, y vuelve con las malas compañías de “Fiebre y Tos”.

Regresa “enganchada” en una relación con un chico de la localidad de Avellaneda, van un sábado para allá en su camioneta, con unas amigas, a visitarlo. Tiene miedo y es consciente del riesgo.

La vuelta al colegio no es promisorio, todo retorna al clima previo. Bariloche queda en un lugar idealizado. Todo lo bueno quedó allá.

Al poco tiempo Julieta me plantea que ella antes era una nena buena, que hacía las cosas que le decían, que era obediente y demás. Pero ahora veía que ser mala la hacía sentirse aliviada, que le gustaba eso. De inmediato me dice que tenía un sueño para contarme: “Estaba en una casa grande con mucho patio, estaba mi hermano. Aparecían chicos que crecían rápido, aparecían hermanos, que en un ratito se hacían grandes, nenes de cinco años. Estaban juntos mi vieja y mi viejo, y me pedían que acepte a mi viejo. Sentía todo lo que siento ahora por él, y mi vieja estaba bien. Los chicos estaban alrededor mío. Siento que no tiene autoridad sobre mí, no le hago caso y lo puteo, y le reprocho todo lo que había pasado”.

Preguntada sobre el relato agrega, con un dejo de asombro, dijo que “estaban juntos de nuevo”, como lo central del sueño. Se pregunta a su vez de dónde nacían los nenes, “a mi viejo lo bardeaba”, agrega.

En otra ocasión me dice que se siente una mentirosa compulsiva. Vuelve a la idea de que ella antes era una nena buena y relata una escena donde otro chico, el rubio, le “roba un beso” delante de Cachy (el chico de Avellaneda), que estaba cerca y lo vio. Siente vergüenza por Cachy, pero aclara que antes ella lo había “comido” al rubio en un pasillo sin que él los viera. Se arrepintió luego y adornó la cosa con Cachy y se reconciliaron por Messenger.

Esta vez hablamos de su tendencia a exponerse a vivir situaciones violentas de difícil retorno, o de imposible retorno.

Comienza a trabajar en un pelotero. Es un local de festejo de cumpleaños. Cuida a los chicos y me dice que siempre quiso ser maestra jardinera.

En la sesión siguiente se muestra triste y me comenta que “Se acabó la relación con Cachy, es el primer hombre que me deja”. En su fantasía ella cree que la deja porque le había contado todo lo que pasó con su madre.

Le señalo que lo que había pasado involucraba a ambos padres y eso es, en gran parte, lo que la avergüenza y lo que ha hecho impacto en ella.

No advierte que el primer hombre que la dejó fue su padre.

Ese hecho está sin develar, sin entender, y como tal la arrasa y la margina, esto la des-coloca, la saca de su lugar, la deja sin rumbo en el decir de la madre.

Cuando le pregunta a Cachy por qué no quiere seguir la relación, este se queda en silencio. Este silencio es el que no soporta, porque al no tener respuesta, palabra de otro, aparece el hecho sofocado, apartado, e irrumpe con su carga traumática de angustia y dolor.

Angustia y dolor por tener que repetir este estado de desamor y locura al que tampoco puede dar significación alguna. Aunque en el sueño parece estar claro que “no tiene autoridad sobre mí, no le hago caso y lo puteo y le reprocho todo lo que había pasado”. Matar al padre tiene sus consecuencias, hace surgir el Tótem y de allí la ley que prohíbe y sanciona (Freud, 1913).

El sentirse mala como alivio es una forma de reparar la agresión al padre, la culpa que conlleva, y de algún modo ser como él.

Nadie “bardea” a un padre sin infligirse algún daño, no hay impunidad, aunque parezca que sí, se lo hace sentir a los otros, a quien mira, para quien quiera morder la carnada.

Pesa sobre ella una herencia de culpa y confusión, genealogía que descalfica y estigmatiza.

Cuando Cachy le responde finalmente, le dice que él no podía mantener una relación donde había tanta distancia geográfica, y que no se veían tan

seguido como para tener una relación “en serio”, era justamente lo que ella misma estaba sintiendo.

“Tengo otro chico”, me dirá más adelante, es otro chico que conocí en Bariloche.

Al poco tiempo, luego de una pelea con la madre por haberse lastimado los tobillos y ella insistirle que se los había raspado jugando, me muestra los tobillos que se había cortado con gillette. Le pregunto por qué los cortes y responde: “Es un recordatorio. Si yo no hago algo, después me tengo que recordar que no lo hice”. Le señalo: “Es un recordatorio que a la vez es un castigo”. Se había pesado y estaba “más gorda de lo esperado”. “Siempre con el tema de mi cuerpo. El dolor me hace apegar más al régimen”.

Queda resonando la palabra “apegar”, parece estar en lugar de “cumplir”, y remite a “apego”, forma de vínculo inicial y fusional con la madre de la que le resulta sumamente difícil discriminarse.

El corte se hace en la carne porque no puede accederse en lo simbólico. En “Pegan a un niño” (Freud 1919), la fantasía es de una niña y corresponde a “un niño es pegado por mi padre”, por lo cual en el pensamiento polarizado de niña buena y niña mala, la resultante es: mi padre me quiere a mí que soy una niña buena”, porque el otro es malo y es pegado o sea odiado.

Aquí ella misma se ubica en el lugar de “ser pegada”, en la línea de ser una niña mala, pegada por una madre, castigada. Este castigo es un corte que muestra su deseo frustrado de discriminarse de esta madre y por lo cual debe cumplir un castigo, “una condena”, como el padre.

Necesitar el castigo para recordar es una forma de anular la propia memoria, no puede implementar el propio registro, el propio recurso, porque ese crecimiento atenta contra el apego.

El mentir y el “yo siempre hice lo que quise”, es una forma de autoengaño, se puede eludir a una madre en silla de ruedas, pero no se puede eludir a la madre internalizada, esa madre es la que la somete a los cortes, a quedar atada. Le interpreto: “Muchas de las cosas que haces es una forma de desautorizarte a vos misma, mostrando lo mal que te manejas, lo inmadura que sos, para seguir quedándote con tu vieja, castigada para no ‘cortarte’ de ella”.

Con total desparpajo me contesta: “Ustedes los psicólogos están todos locos”.

Falta dos veces, supuestamente una por trámites para la madre, la otra porque se queda dormida.

La sesión siguiente trae un *piercing* en la entrada al conducto auditivo, y me dice que se hizo un tatuaje en la espalda, sobre la columna, a la altura de la parte superior de las escápulas. Muy concentrada expresa: “Alejandro, mi hermano, es el vínculo más importante y más fuerte que tengo, y mi vieja. Arriba está el ojo de Ra, debajo un pajarito que es la A de Alejandro, la J de Julieta, que parece un escarabajo pero es una placenta, eso dice la computadora, y la M de Mirta que es otro pajarito, es un jeroglífico”.

Efectos de lo traumático en la violencia intrafamiliar

Piera Aulagnier viene en mi ayuda, “del pictograma al enunciado” recordé, y de eso se trata develar un jeroglífico que expresa los anudamientos de tres sujetos desvalidos, ante la mirada persecutoria y vengativa de un padre-dios violento.

Tomo entonces el concepto de “engrama pictográfico” (Castoriadis-Aulagnier, P., 1993), a partir de que la autora plantea que el principio de realidad es responsable de la producción heterogénea de la fantasía y del pictograma, afirmando que como producción límite se sitúa, “la “escena primaria” que representa el núcleo de toda organización fantaseada y que aporta un testimonio de lo que llamaremos el engrama pictográfico. En este momento el psiquismo, desde el reconocimiento del cuerpo de la madre como entidad autónoma, es inducido a admitir *“la existencia, en la escena exterior, de una pareja que ya no es representada como el equivalente del objeto complementario... El vínculo que une a la madre con ese tercero, presente en el espacio más familiar del infans, no es ya la fusión, sino un acto que puede unir lo que por naturaleza está separado, o rechazar todo posible acercamiento. El infans, percibe este acto como manifestación de amor o de odio”*. Más adelante nos plantea las consecuencias de este funcionamiento: *“Este doble modelo constituye la prefiguración del acto sexual concebido como acto de deseo y de amor o como acto de rechazo. Como acto de amor, permite la catectización de dos soportes, cuyo encuentro da testimonio de la existencia de un mundo ‘amante’ que se unifica y es unificador: el sujeto contempla en este ‘exterior’ el antes que le ha dado origen. **Se comprende el riesgo que corre la estructuración psíquica ante la imposibilidad de representarse esta escena como acto de amor y el poder hacerlo solo como realización de un deseo de rechazo mutuo”***. (El destacado es mío).

Historizar, he aquí la mayor dificultad para Julieta. La escena de lo sucedido tiene como protagonistas principales a sus padres, de ellos recibió los cuidados

que le permitieron crecer, ellos la sostuvieron en su ser. Lo sucedido produce un gran cambio. Ella deja de ser, hasta tal punto es así que dejó de ser Julieta y pasó a ser muchas otras, la hija de un asesino, la hija de Mirta, una mamá en silla de ruedas, la mentirosa compulsiva, la anoréxica, la drogadicta, la nena mala.

Una verdadera “catástrofe psíquica”, tomando a René Kaëz (1991), ocurrió en su vida.

Siguiendo la misma línea de pensamiento en su obra anterior, Kaëz (1979) cita a R. Thorm (1976) quien define la crisis como *“una perturbación temporaria de los mecanismos de regulación de un individuo... De esta perturbación, de su repercusión subjetiva, se concluye que la crisis conlleva una profunda amenaza para la integridad del sujeto...”*, luego en otra de sus afirmaciones nos permite comprender en mayor grado las palabras de Julieta en su motivo de consulta: *“Está en crisis todo sujeto cuyo estado, manifestado por un debilitamiento aparentemente sin causa de sus mecanismos de regulación, es percibido por el sujeto mismo como una amenaza a su propia existencia”*, agregamos, y vivenciado como un estado de ajenidad, de nidad, de imposibilidad de metabolizar “lo negativo” (Kaëz 1991).

En esta caída o claudicación de las figuras significativas, en el sentido de que Julieta pierde en un mismo hecho a su padre y a su madre, lo traumático se juega no solo por la imposibilidad de comprensión del hecho (no hay forma de significarlo, todo es exceso y arrasamiento), sino por los cambios que esto produce en los protagonistas y en los vínculos con ellos.

Un padre en la cárcel y una madre imposibilitada motrizmente. Esto quiere decir, por ejemplo, que no puede manifestar sus afectos a su padre, y no puede abrazar ni ser abrazada por su madre. Sí lo puede hacer en sueños.

Surge de esta escena con claridad meridiana, la imagen acabada de lo siniestro, es decir lo familiar, lo tierno, lo amoroso, lo continente, el respaldo del ser, la garantía de ser, transformado en enajenación violenta, en golpe de odio, en desamparo, en no-ser.

La idea de que hay otra dimensión o mundos paralelos en el mismo tiempo, pero en distintos espacios es lo que más se acerca en lo imaginario a lo vivido por Julieta, (agregó: su madre y su hermano).

Se abrió un verdadero portal a otra dimensión a la que fue arrojada violentamente y en principio solo puede actuar impulsivamente, el exceso arrasante

del trauma no le ha dado tiempo aún para reencontrarse con algo del orden del placer y la gratificación, tal es la maraña de confusión que la invadió.

Sin embargo, el efecto más devastador, a mi entender, es el logrado a partir del la conjunción potenciadora de tres variables:

- 1) La edad de Julieta, once años, estaba a las puertas de la pubertad.
- 2) La discapacidad de la madre que anula el sentir de su cuerpo y la motricidad del mismo.
- 3) El daño en el pensarse de ambas, por la magnitud emocional del hecho.

Julieta está frente a cambios corporales propios de su edad, todo parece florecer y su psiquismo se prepara para ello. En el momento en que ella tiene un “nuevo cuerpo”, su madre pierde el propio, ¿cómo plantear lo placentero, la seducción, el placer por el propio disfrute corporal? ¿Cómo tener relaciones sexuales sobria? El sueño da cuenta de la necesidad que tiene Julieta de que su madre pudiera continuar con su vida sexual plena, “juntos otra vez”, es la desmentida que intenta reparar los hechos mediante la irrupción de “los hermanos” que crecían de golpe hasta los cinco años, edad en que otros eran los hechos y otras las circunstancias.

Esta cabeza, que se queda sin cuerpo, sufre los determinismos del trauma.

En principio, en la desesperanza, nada bueno, nada agradable puede esperarse, sobre todo de los seres queridos.

Está restringida la actividad de los sentidos, el principio de realidad se tambalea, impera la racionalidad y la vida fantasmática acosa la conciencia.

En Julieta este posicionamiento materno no la deja salir. Si todo lo que hago está mal, y no solo lo que hago sino lo que haré, la única salida es mentir para esconder lo que pueda rescatar como bueno, y esto es sumamente frustrante porque lo bueno como lo placentero se disfruta cuando se puede compartir, cuando se reconoce y se puede expresar libremente, si no surge la soledad que torna lo placentero en desgracia.

La esperanza de un proyecto de vida, la fe en la consecución de los logros, la credulidad en los planes para alcanzar los objetivos, dan al psiquismo vías para la más alta realización de los objetivos pulsionales, la sublimación necesaria para el cumplimiento de objetivos culturales. Sin esta corriente psíquica, el psiquismo pierde proyección y amplitud. Queda atrapado en el aquí y ahora de la desesperanza, la inminencia de lo que sucederá no tolera

planificaciones de largo alcance, todo se juega en este presente atrapado por el pasado.

Las salidas que se le proponen desde los modelos parentales no le dejan margen para que aparezcan las búsquedas propias y poder encontrar los propios caminos.

La madre le propone “ser una nena buena y obediente”, lo que la enfrenta a las variables de otros modos posibles, de las diferencias, de no pensar como mamá, sobre todo en la adolescencia.

El padre y su resolución violenta, la dejan en el lugar de la “nena mala”, con lo cual su salida es el “encierro” o atrapamiento en las normas maternas. La interdicción aparece fallida.

Aspectos técnicos

Un tema técnico a destacar, y presentar brevemente, en estos casos, es el modo de interpretación e intervenciones a tener en cuenta en el trabajo analítico.

El hecho traumático actúa como un agujero negro que se traga todos los contenidos de la sesión, por ello se hace imprescindible traerlo y hablarlo, dentro de los parámetros de lo posible, no plantearlo como imposición.

En cuanto a intervenciones, aludo a lo comentado más arriba cuando Julieta refiere que le había contado a Cachy lo que le había pasado a su madre, y se le aclara que ambos padres están en la escena y, de ese modo producir un efecto de sentido, al reconocer al padre como victimario.

Respecto de las interpretaciones, intentar que queden asociadas con lo sucedido. En este sentido, cuando relata las características de su tatuaje, podría tomarse la interpretación desde el eje de los afectos más importantes, que es la línea que propone Julieta. Por ejemplo: el tatuaje es una forma de decir cuánto querés cuidar a tus seres queridos, tanto que los ponés bajo la protección de la mirada de un dios.

Sin embargo, prefiero hablar del tatuaje como un intento de decir acerca de lo sucedido, significado en la madre, en el cuerpo materno, lugar de impacto de la bala y lugar de la angustia sufrida por las tres personas, lo cual las lleva a unirse para resistir juntas a un padre-dios violento.

De este modo poder avanzar hacia la creación de nuevas significaciones subjetivas que den lugar a elaboraciones posibles.

Primera versión: 25/04/09

Aprobado: 08/10/09

Bibliografía

Castoriadis-Aulagnier, Piera. (1993). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, Sigmund. (1913/14). Tótem y Tabú. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, T. XIII.

Freud, Sigmund. (1919). "Pegan a un niño". En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, T. XVII.

Kaëz, René. (1979). *Crisis, ruptura y superación*. Buenos Aires: Ediciones Cinco.

Puget, Janin y Kaëz, R. (1991). *Violencia de Estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editores.

Resumen

El autor reflexiona acerca de las consecuencias que tienen las escenas de violencia intrafamiliar, en la estructuración del aparato psíquico. Tratándose de una adolescente los aspectos más comprometidos resultan ser los relacionados con las posibilidades de autonomía y salida al mundo, así como el despliegue de la sexualidad. Los mecanismos propios de lo traumático (fijación y repetición) tienden a amenazar el espacio de análisis, lo que requiere del analista la implementación de recursos técnicos específicos.

Palabras clave: violencia intrafamiliar; trauma; adolescencia; estructuración del aparato psíquico; cuestiones técnicas.

Summary

The author meditates on the consequences that have the scenes of violence inside the family, in the structuring of the Psychic Apparatus. Being an adolescent the committed aspects turns out to be those related with the possibilities of autonomy and exit to the world, as well as the unfolding of

the sexuality. The mechanisms characteristic of the traumatic thing, (fixation and repetition) they spread to threaten the analysis space, what requires of the analysts the implementation of specific technical resources.

Key words: violence inside the family; trauma; adolescence; structuring of the psychic apparatus; technicals questions.

Résumé

Dans le présent article, l'auteur réfléchit aux conséquences que les scènes de violence intrafamiliale ont dans la structuration de l'appareil psychique. Étant donné qu'il s'agit d'une adolescente, les aspects les plus impliqués s'avèrent être ceux qui sont en rapport à ses possibilités d'autonomie et de sortie vers le monde, ainsi que le déploiement de sa sexualité. Les mécanismes propres à ce qui est traumatique (fixation et répétition) tendent à menacer l'espace de l'analyse, ce qui nécessite d'une mise en oeuvre de ressources techniques spécifiques de la part de l'analyste.

Mots clés: violence intrafamiliale; trauma; adolescence; structuration de l'appareil psychique; questions techniques.

José Andrés Cernadas
Gascón 526 Piso 6° "C"
(1811) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4865-9623
jacernadas@fibertel.com.ar